

Intervenciones de D. Salvador Gutiérrez Ordóñez y D. José A. Pascual en el *Concilio salmanticense «Antonio de Lebrixa, grammatico en su medio milenio»*. Simposio en homenaje al profesor José J. Gómez Asencio el día 11 de junio de 2022



Foto en que aparecen Salvador Gutiérrez Ordóñez, José Gómez Asencio, Guillermo Rojo, Wiaczeslaw Nowikow y José A. Pascual, con ocasión de la toma de posesión como miembros correspondientes de la Real Academia Española de José Gómez Asencio y Wiaczeslaw Nowikow.

Pepe Gómez Asencio

SALVADOR GUTIÉRREZ ORDÓÑEZ
Real Academia Española

1 En aquel instante tuve la certidumbre de que era una despedida, la despedida. Pepe –así le llamaba siempre– me había anunciado que el día 28 de enero impartiría la lección magistral en la festividad de Santo Tomás de Aquino. Un día muy importante para él («La consumación de mi carrera», me escribiría al día siguiente). Su «Repetitio prima» versó sobre las dos obras que se encierran en la *Gramática sobre la lengua castellana* (1492), una auténtica finura intelectual con la quiso honrar al gran lebricense, su pasión intelectual, en el centenario. Sumándose a una propuesta suya, la Universidad de Salamanca escenificó el retorno del maestro herido descubriendo al Antonio en solemne ceremonia un hermoso *victor*:

*AELIVS ANTONIVS NEBRISSENSIS
HIC GRAMMATICAM DOCVIT
MDXXII - MMXXII
IN MEMORIAM*

Al terminar el acto, debajo de esta inscripción, nos despedimos: «No me quedo a comer. Estoy muy cansado». Nos dimos un largo abrazo. Con unos ojos que miraban hacia dentro, añadió: «Gracias, Salva, gracias por todo». Y, con una dignidad romana de quien acepta su destino, se giró y se fue apoyado en el hombro de Lali.

Era la despedida. No volvimos a hablarnos, pero nos seguimos escribiendo. Conocedor de que yo preparaba una intervención sobre la ortografía de Nebrija, me envió un estudio de Juan Felipe García Santos. Leyó y comentó un trabajo que le envié sobre la «Oda a Francisco de Salinas». Tuvo fuerzas para enfrentarse también a un adusto artículo mío sobre «La aposición no incidental». El nueve de marzo me envió una foto que alguien nos había sacado por sorpresa mientras conversábamos en una calle de

Buenos Aires. Llegué a pensar que, como tantas otras veces, remontaría el vuelo. Pero no fue así.

2 Conocía bibliográficamente a Pepe por su tesis *Gramática y categorías verbales en la tradición española (1771-1847)*, una obra de referencia inevitable para cuantos se interesan en la clasificación gramatical y en comprender cómo se han combinado criterios, unidades y relaciones para forjar la trama teórica tradicional que hemos heredado.

Tuvimos que vernos en un congreso que organizó Eugenio de Bustos en esta Universidad, pero fue Pepe quien me reconoció un sábado de 1991, una coincidencia fortuita, cuando yo apagaba mi sed en la barra de un antiguo restaurante de Ávila. Llegaba exhausto tras impartir un montón de horas de clase en un curso que codirigía con José Antonio Pascual, *La pasión por la lingüística*. La conversación fue amena y nos emplazamos para seguir hablando en el futuro, un futuro lleno de encuentros que se extendió durante más de treinta años.

En 1993 se organizaron en la UIMP los *Cursos de formación para profesores de español como lengua extranjera*. Pepe se encargó de un módulo sobre la enseñanza de la gramática. Año tras año recibía la más alta calificación en las valoraciones de los alumnos. El carácter veraniego de los cursos santanderinos creó un espacio de convivencia favorable a la conversación y a la amistad: paseos, cenas en El Riojano o en El Cazorro, cocidos montañeses, conciertos en la Porticada, excursiones vespertinas... Recuerdo cómo se divertían él y Carlos Galán, director de Cursos Internacionales, utilizando a mi hijo Andrés como vehículo de bromas mutuas en la terraza de Las Llamas.

—Dile a Carlos que le invito a una leche merengada (la odiaba)

Y el niño volvía con la respuesta para Pepe:

—Dice Carlos que el año que viene no vienes.

Las despedidas no tenían un horizonte lejano, pues éramos conscientes de que en otoño volveríamos a vernos en Salamanca con motivo de mis clases en el máster que él dirigía, motivo de gozo para encontrarme con todos mis amigos de la Facultad. Pero un año, cuando llamé a Cursos Internacionales para ultimar detalles, me anunciaron la mala noticia: Pepe había sufrido un infarto. Durante semanas él se aferró a la vida como un naufrago y nosotros sufrimos horas y horas de eternidad en vilo hasta que, a finales de diciembre, tuvimos noticias del exitoso trasplante.

Dos meses después, en mi condición de fijo discontinuo (según la celebrada fórmula de Emilio Prieto), regresé a esta ciudad. Lo encontré muy delgado, sí; pero con el brío de quien tiene un motor nuevo. Abrigados bajo

los soportales de la Plaza Mayor, siguiendo el sentido de las agujas del reloj, iniciamos una marcha peripatética que se hizo costumbre desde aquel año. Después de contarme lo que recordaba de su particular viaje al infierno, se detuvo y me dijo: «Salva, yo seguiré trabajando; no quiero que me consideren muerto para la profesión». Esta voluntad concuerda con la hermosa cita que recordó Julio Borrego en el emocionado recuerdo que le dedicó el día de su propia jubilación: «Quiero vivir, no durar». Y, en efecto, siguió trabajando, luchando, peleando, peleándose: viviendo. De su crisis cardíaca salió con ganas reforzadas de ser alguien e incluso de ser algo, que es una forma objetivada de la voluntad de vivir. En la pugna universitaria de cada día tuvo caídas, en la salud muchas recaídas. De las primeras se levantó con la dignidad del sano orgullo; en las recaídas se siguió aferrando a la roca de la vida con un empeño heroico. Y seguimos viéndonos en Salamanca, en la RAE el día de su ingreso como correspondiente, en Santander...

3 Pepe era el menor de cuatro hermanos de una familia que se había trasladado a Estepa. Siempre guardó un recuerdo emocionado de su familia. Al final de los ágapes, cuando ya el dulce de los postres se mezclaba con el aroma del café y los efluvios de la amistad, le escuché en distintas circunstancias reproducir esta expresión que su padre emitía en algunas reuniones familiares:

—Podrá haber gente muy feliz; pero más feliz que yo en estos momentos, nadie.

Cursa desde los trece años enseñanzas medias en Sevilla. Estudia Filología Románica en Salamanca. Como otros jóvenes investigadores del momento (hoy maestros), realiza encuestas dialectales bajo la dirección y la supervisión de don Antonio Llorente. Don Antonio dirigirá sus investigaciones de doctorado, que cristalizaron en la citada tesis: *Gramática y categorías verbales en la tradición española (1171-1847)*, editada por la Universidad de Salamanca en 1981. De las orientaciones hacia las que le enfoca Antonio Llorente, surgen dos líneas de investigación: la fonética y, sobre todo, la historiografía. Sobre fonética, publica en colaboración con Julio Borrego un libro muy útil en la explicación del significante fónico (*Prácticas de fonética y de fonología*). En este mismo ámbito, reflexionará en trabajos sobre las consonantes líquidas del español. En la segunda línea, la historiografía lingüística, alcanzará las cotas más elevadas como investigador y como maestro de investigadores. Volveremos sobre ella.

4 El programa *Viaje al español*, dirigido por Víctor García de la Concha, reunió un equipo de jóvenes gramáticos para formar materiales de ense-

ñanza del español como segunda lengua. En esta época, en colaboración con Julio Borrego y Emilio Prieto publica materiales didácticos y estudios de gramática que constituirán aportaciones muy relevantes sobre un ámbito en el que reinaba el vacío: *Aspectos de sintaxis del español* (2007), o *El subjuntivo: valores y usos* (1986), libro en el que tanto me apoyé en mis primeras clases de gramática para extranjeros. Todos somos hijos de las circunstancias que nos sobrevienen. Asentado en una universidad que, por una parte, exhibía gran tradición en la enseñanza de español para extranjeros, y, por otra, inmerso en un equipo que elaboraba materiales didácticos con moderna metodología, Pepe se subió a un tren de docencia, investigación y gestión que le acompañaría siempre. Impartió docencia sobre la enseñanza de nuestra lengua en Salamanca, la UIMP, así como en estancias en Middlebury, Forli... Participó en la creación de la revista *Forma. Formación de formadores*. Más aún, supo combinar sus dos líneas de investigación (historiografía y enseñanza del español como segunda lengua) promocionando investigaciones en tesis sobre temas como el participio y en gramáticas de español en países extranjeros, cual es el caso de Francesco Marin y Charpentier. Dedicaría asimismo trabajos referidos a la dimensión cuantitativa de la enseñanza del español.

5 En la misma época en la que arribaba la lingüística estructural, en diferentes focos del mundo hispánico se vuelve la mirada hacia los gramáticos (en sentido amplio) de nuestra tradición: Nebrija, Correas, anónimo de Lovaina, el Brocense, Covarrubias, Mateo Alemán, Salvá, Bello, Lenz...

La dimensión historiográfica iniciada en su tesis de doctorado es la que ha ocupado más horas de estudio, la que reúne mayor número de publicaciones, la que le llevó a consolidar proyectos, dirigir tesis, organizar congresos y la que le ha otorgado mayores reconocimientos. En síntesis, la dimensión que le ha consagrado como maestro. Es difícil encontrar parcela de la historiografía lingüística del español que no haya abordado.

Aunque inicialmente el período privilegiado son los setenta años que median entre las fechas simbólicas de 1771 y 1847 (la tesis nunca nos abandona), se afanó por acercarse a problemas y gramáticos concretos con el fin de desvelar las claves de su codificación, los soportes de su pensamiento, señalar las venas confluentes y consecuentes, entenderlas en su circunstancia, y detectar focos y causas de su renacimiento.

Estudiadas las clases mayores, dedicó un mimo singular a las «partezillas»: conjunciones simples, conjunciones compuestas, locuciones conjuntivas, adverbios nominales, locuciones adverbiales, locuciones prepositivas (desde 1555 hasta la GRAE de 1930)...

Los usos y valores de los pretéritos del español (*cantaba / canté, canté / he cantado*) ha sido una constante preocupación de las gramáticas, tanto las destinadas a hispanohablantes como a extranjeros. Pepe las aborda con agudeza, ya solo, ya en colaboraciones con discípulos.

Dedicó un significativo número de publicaciones a las gramáticas académicas. Muchos de estos trabajos están focalizados en el estudio de los prólogos y las funciones que adoptan: como advertencia, como programa o como proemio.

Es normal que un rastreador de las ideas gramaticales enfoque su lente en los autores más representativos e influyentes de nuestra gramática. Son numerosos los trabajos que dedica a Bello, Salvá, Lenz, anónimo de Lovaina.

A partir del rastreo empírico e inductivo de problemas específicos y bien delimitados en gramáticas y gramáticos concretos supo elevarse a la teoría. En un grupo nutrido de publicaciones trata sobre la gramatización y la forma en que cristalizan sus procesos, codificación, gramatigrafía, historiografía, latinización, deslatinización, principios, métodos...

Su pasión historiográfica lo animó a organizar simposios centrados en el estudio de períodos de nuestra lingüística. Sus resultados han sido recogidos en tres volúmenes editados por el Instituto Castellano y Leonés de Cultura. Poseen un mismo título genérico: *El castellano y su codificación gramatical* (I, II y III).

-I. De 1492 (A. de Nebrija) a 1611 (John Sandford)

-II. De 1614 (B. Jiménez Patón a 1697 (E. Sobrino)

-III. De 1700 a 1835

Pepe participó en la creación de la Sociedad Española de Historiografía Lingüística, en una cálida reunión en Valladolid, convocada por Emilio Ridruejo y Margarita Lliteras. Desde aquel 1995, la SEHL ha ganado altura y se halla sostenida por un numeroso grupo de magníficos investigadores que forman el tronco de un sólido árbol de la ciencia que se expande en ramas de gran vitalidad. Con cadencia regular nos ofrece publicaciones de gran interés (entre ellas el BSEHL), celebra encuentros, simposios, congresos nacionales e internacionales, anima la realización de tesis... Pepe constituyó un poderoso eslabón de esta sociedad, de la que fue presidente durante el mandato 2015-2019.

6 Y, por último, Nebrija. Aunque no fuera más que por simple paralelismo, la figura de nuestro primer gramático estaba predestinada a ser un

atractivo foco sobre el que habrían de converger muchas de sus investigaciones. Y, en efecto, así fue. La vida y la obra gramatical del gran Antonio constituyeron uno de los puntos de constante retorno. Sobre aspectos concretos de la obra del lebricense versaron algunos de sus artículos (sobre terminología, partezillas, coherencia...).

En el 2006 escribió un precioso librito, *Nebrija vive*. Con un estilo didáctico, formula respuestas a partir interrogaciones académicas que se suceden en un progresivo fluir: «¿Qué es lo que sabemos de este hombre?», «¿Para qué escribe su primera “gramática”?», «¿Para quiénes escribe su primera “gramática”?», «¿Cómo es esa primera “gramática” del español?», «Y, después de Nebrija, ¿qué?». En el libro se destaca la importancia de sus aportaciones gramaticales, que agrupa en tres apartados:

a) Gramáticas del latín como lengua extranjera: las *Introductiones latinae*, en sus diferentes versiones de 1481, 1485, 1488 (*Introductiones latinae contrapuesto el latín al romance*) y 1495 (*Introductiones latinae. Recognitio*).

b) *Gramática sobre la lengua castellana* de 1492. Cuatro primeros capítulos.

c) «Libro V» de la *Gramática sobre la lengua castellana* de 1492, que es una gramática del español para extranjeros, construida como las gramáticas latinas para hispanohablantes y titulada como *Introductiones*: «Delas introducciones dela lengua castellana para los que de estraña lengua querrán deprender».

Para un filólogo andaluz tan afincado en Salamanca como Pepe, le era muy duro aceptar que Nebrija hubiera salido de esta universidad sacudiéndose el polvo de sus sandalias, jurando no regresar jamás a ella, ni vivo ni muerto. Pasado el tiempo, que todo lo suaviza (cinco siglos son quinientos años), era el momento de ofrecerle un desagravio y hacerlo retornar a su casa como un héroe de los cuentos fantásticos. La Universidad le abrió las grandes puertas del jubileo. Nadie como Pepe para ejercer de oficiante mayor. Dictó el día 28 de enero la brillante lección a la que ya hemos aludido y organizó este simposio. Cuando ya todo estaba en marcha, se fue. Se nos fue. Pero, al sentir el palpito emocionado de tantos amigos, tengo la certidumbre sensorial de que, como Nebrija, Pepe vive, de que nos sigue desde su observatorio y de que, al vernos a través de una de esas roturas de cielo que pintaban los renacentistas, mascullará, lacónico pero feliz:

—¡Vaya pandilla...!

Que así sea.

José Gómez Asencio

In memoriam

JOSÉ A. PASCUAL
Real Academia Española

Pudiera dar la impresión de que voy a arrastrar aquí ese defecto de hablar de uno mismo que caracteriza a algunos autores de necrológicas, cuando de lo que se trata –y agradezco a Nieves Sánchez González de Herrero, que haya pensado para ello en mí– es de hablar de nuestro buen amigo José Gómez Asencio, para ajustar cuentas –entendedlo en buen sentido–, en cuanto testigo que fui de unos cuantos momentos de su vida compartidos con él en el pasado.

Para ello, dada la falta de memoria que ha sido condición normal a lo largo de mi vida, he tratado de documentar estas escenas pretéritas, casi con el rigor que corresponde a un filólogo.

1. SENTIDO DEL HUMOR

No sorprenderá a quienes le conocíais que empiece por referirme a su sentido del humor, un rasgo que lo caracterizaba. Para empezar, supo aplicarlo a esas ocasiones en que era el mejor remedio para la pacificación, tras un desencuentro. En uno de ellos –pues no voy a negar que los hubo entre nosotros– me envió un separata de su artículo «Naissance et développement de la notion de phrase composée dans les grammaires espagnoles» de 1987 con una dedicatoria que solucionó todo: «Especialista en dedicatorias STOP querer ser amigo tuyo STOP Pelillos a la mar STOP / Un abrazo muy fuerte STOP final», que se completa con otra dedicatoria muy posterior, al vol. III de *El castellano y su codificación gramatical*, tras haberse cerrado otro desencuentro: «A José Antonio, con mi agradecimiento, y mi amistad nueva, y ya larguísima; Salamanca, febr. 2012, Pepe G. A».

Si un lenitivo para salir de los malos momentos de nuestra relación fue el humor, es porque se trataba de una condición permanente de nuestra larga amistad. No sin alguna tristeza me he movido estos días por la rica cantera de gúasaps, que aún permanecen en mi teléfono; encuentro en él uno del 8 de septiembre de 2019, en que me preguntaba, no sin alguna malicia, posando bajo la portada de una iglesia rural: «Ubi haec ecclesia est?»; tratando de estar a su altura respondí: «nescio de toda nesciedad» y añadí: «¿No será de Monleras?». Lo que le llevó a que me concediera un «premio» animándome a compartir un «Paseo hasta la prensa de Almendra». Claro que, como le expliqué, era muy fácil dar con la respuesta adecuada, porque los de Monleras somos tan cuidadosos como para colocar un azulejo con la palabra «iglesia», para explicar de ese modo que una iglesia es una iglesia, por más que no se necesitara asegurarlo. Permítaseme haber comparado, para quedar en tablas, su sentido del humor con el mío.

2. UN GOZOSA NATURALIDAD

Es el mismo sentido del humor que hacía muy atractiva la relación con sus amigos al percibir estos que solía referirse a su trabajo como si se tratara de un gozoso entretenimiento, en lugar de tomarlo como un esfuerzo del que era de buen tono presumir. Supongo que quienes lo habéis leído os habréis fijado en su manera de escribir, en la que la prosa, a la que de vez en cuando no le faltaba un cierto descaro, parecía orientada a dejar claro que no deberíamos exagerar el interés de lo que hacemos ni la importancia que pudieran tener nuestras conclusiones. Si supo hacernos reír, sin molestar, por las cuentas de la Academia, fue capaz también de quitar hierro a las prescripciones de los gramáticos, con palabras que se alejan de la autocomplacencia de aquellos que creen que están por encima del uso: Concluye así en su trabajo sobre los gramáticos leístas, laístas y loístas en el homenaje a Antonio Llorente¹:

A estas alturas considero que lo más provechoso es que sea dejar que cada uno saque sus propias conclusiones de lo expuesto. [...] Yo, don Antonio, me voy a permitir hacer una sola observación: visto el casi total fracaso de unos y otros en su interés en que habláramos como ellos querían,

¹ «Gramáticos para todos los gustos: leístas, laístas y loístas». En *Philologica II. Homenaje a D. Antonio Llorente*, Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 1989, pp. 369-388: 388.

todo lo dicho en este trabajo que le ofrezco me da que pensar en la inutilidad de los gramáticos, en la escasa incidencia que sus polémicas y sus propuestas llegan a ejercer sobre los hablantes cuando «en vez de registrar el uso tienen por objeto forzarlo»². De ahí que considere que tal vez lo menos malo sea dejar que cada uno siga el proceder gramatical con el que mejor se identifique o el partido –en esto de los pronombres de tercera persona– que más le acomode.

Esta naturalidad y la consiguiente cercanía que consigue con ella casa bien con la de su maestro Llorente, por más que el molde estilístico concreto en que se actualiza la manera de expresarse de su discípulo sea de creación particular suya. Pude contrastar personalmente las similitudes y diferencias entre ambos, con ocasión de unas cuantas encuestas dialectales en las que los acompañé, alejados los dos de cualquier forma de darse pisto.

Asistí a siete encuestas que hizo Antonio Llorente para el *Atlas de Castilla y León*, en tres de las cuales Pepe estuvo trabajando mano a mano con él. Yo pretendía observar el punto de arranque de los atlas dialectales, ya que, dadas mis condiciones auditivas, que no es el caso de describir aquí, no me atrevía a participar en este tipo de trabajo. Me planté con ambos en Arévalo el 30 de abril de 1983. Pepe, que había leído su tesis doctoral tres años antes, era ya profesor ayudante y me demostró en su participación en la encuesta que estaba magníficamente preparado.

A la mitad de la parte morfológica, Pepe y yo nos ausentamos y dimos un paseo por el pueblo para hablar con la gente y hacer fotografías. En mis anotaciones consta, en primer lugar, la coincidencia de ambos en lo bien que llevaba Llorente la sesión. Yo había transcrito previamente observaciones coincidentes, entre los tres, como la de que el Sr. Emeterio aspiraba la *s* implosiva (como una fricativa glotal sonora: *cantahtih* ‘cantasteis’), había anotado cómo Pepe y Llorente se miraban cuando los dos informantes repetían con énfasis que pronunciaban *frehno*, mientras que el Sr. Lorenzo, del pueblo de al lado, ni practicaba esa pronunciación ni le parecía razonable. Pero no recuerdo por qué en mis anotaciones escribí que Llorente transcribió *neberah* y Pepe *nederah*. Y anoté que al *apeos*, que dijo Emeterio, preguntó Pepé «¿sí?», a lo que tanto Emeterio como Lorenzo corrigieron en *aperos*. Luego ambos informantes discutieron sobre *estrinque*, que se resolvió en que Lorenzo aseguró que «se ha oído»; mientras que Emeterio lo negaba. Más adelante se miran don Antonio y Pepe cuando Emete-

² Cuervo [«Los casos enclíticos y proclíticos del pronombre de tercera persona en castellano, *Romania* 24 (1985): 95-113 y 219-263», p. 227.

rio dijo que aquí entre nosotros a las *migas* lo llamamos *rescaño* y añadió *perdone si está mal dicha* (sic).

En la morfología, a cuyo comienzo habíamos asistido Pepe y yo, iba Llorente demasiado rápido, lo que en el paseo por el pueblo me lo justificó Pepe porque había algunas preguntas tontas en el cuestionario, que era preferible dejar de lado, como la § 317 (no sé ahora a qué se refería). Ambos percibimos en ese paseo –lo tengo anotado– que la conversación espontánea que teníamos en el descanso con algunas personas se separaba algo, en lo fonético y en algunos hechos referentes a la morfología, de aquello a lo que habíamos asistido en la encuesta. No sabíamos –lo tengo también anotado– si eso se debía a la tensión de la encuesta o al distinto tipo de personas con que nos habíamos topado en uno u otro lugar.

Se entenderá por lo dicho el deslumbramiento que tuve en esta experiencia, a lo que me ayudó mucho la complicidad del joven profesor, que incluso me previno de que no pidiera en la comida un vino de Rioja, porque a Llorente le parecía una cursilería, existiendo el vino de Toro, que a mí me traía malos recuerdos de la mili. Era una broma que tenía que ver con la austeridad del dialectólogo salmantino ante un gasto que debía afrontar el departamento, en realidad, mi cátedra, que contaba aún con algunos recursos. Y la broma continua al regresar a la encuesta, cuando a una pregunta responde Lorenzo: *salaero o sensero* (no estoy seguro de mi transcripción) y añade *una cosa así será*, a lo que Pepe me dice al oído: *no tiene ni puta idea*.

En Belver de los Montes, el 18 de mayo de 1985, asistí a otra encuesta con Llorente y con Gómez Asencio, y luego el 15 de junio de ese mismo año a otra en Ceadea. Ya estaba a punto de abandonar mi joven amigo la ayudantía para convertirse en profesor adjunto. En los dos años que nos separaban de la encuesta de Arévalo se había convertido en maestro. Al día siguiente de esta última, en casa, al hilo del recuerdo, anoté algo sobre mis conversaciones con él: «disconformidad con la teoría de las ondas: la distancia de los centros de cultura sirven de poco cuando un pueblo cuyos balcones lucen geranios y se come magníficamente, está al lado de otro en que no te dan de comer, no hay flores que adornen las casas y los informantes reconocen que no han jugado de niños y ahora no saben hacer queso». Algo tuvo que ver la experiencia de estas encuestas con un cierto enfriamiento en el positivismo en que me encontraba entonces y que me inclinara un poco del lado del idealismo, en lo que tiene de capacidad creativa de los hablantes.

Pepe y yo compartíamos por entonces una gran afición a la dialectología, como parte del trabajo histórico, ámbito de lo dialectal en que mi amigo tenía las condiciones para haber sido un gran investigador. He encontrado

dra a la que opositó para la Universidad de Valencia –el español de América– no le gustó a un miembro del tribunal –por cierto, gran amigo mío–. Podéis suponer la zumba con la que me lo contó el amigo Gómez Asencio cuando regresó victorioso de la batalla. Incidentalmente diré que poco después publique ese tema en forma de artículo, que no ha sufrido, que yo sepa, una enmienda a la totalidad por parte de mis colegas.

3. SERIEDAD INVESTIGADORA

Mi referencia al sentido del humor y a la naturalidad de José Gómez Asencio, que se habrá podido comprobar en mis palabras anteriores, no justificaría que dejara en la sombra la importancia de su actividad investigadora. Quiero empezar por decir que es la consecuencia de la cuidadosísima preparación de sus clases y la atención con que trató a los alumnos. Fue, lo digo sin ningún género de exageración, un maestro excelente, un gran seductor para atraer a los estudiantes a su materia. Me refería yo recientemente, al apoyar su candidatura al premio a las Ciencias Sociales y Humanidades de Castilla y León, a sus méritos, enlazando los de la docencia con los de la investigación. Y lo hacía porque tuvo el empeño de orientar una parte de su investigación a atender a la docencia que se le había encargado. Explicaba en ese informe que la razón de sus trabajos referentes a la fonética y a la lingüística aplicada tenía mucho que ver con el cuidado con que preparaba sus clases. Aunque era en el campo de la historiografía lingüística donde situaba a mi colega y amigo como un referente. Lo cual se puede entender bien aquí, porque esta es precisamente una de las razones por la que le correspondió organizar este congreso.

Pocas personas conocían mejor que él, en este ámbito de la historiografía lingüística, los entresijos de la labor gramatical de la Academia. Sus trabajos sobre las gramáticas académicas –y no académicas– resultan imprescindibles para entender la historia de nuestra gramática, incluso en extremos que salen fuera de la técnica gramatical, y que tienen que ver con aspectos materiales de este quehacer. De ahí que, como académico, me haya fijado en su llamada de atención sobre un procedimiento tradicional de la gramática académica que se conoce como el de sus *fuentes ocultas*, que no debieran seguir condicionando las obras de la corporación³.

³ J. J. Gómez Asencio, A. Zamorano Aguilar: (2015): «Contribución al estudio de las fuentes de la GRAE de 1917». En *Censuras, exclusiones y silencios en la historia de la lingüística hispánica*, ELiEs.

Aunque quien, como es mi caso, ha podido seguir el trabajo de Gómez Asencio sobre las gramáticas de la Academia, ha de reconocer que lo que más útil me ha resultado es esa cuidadosa organización de cualquier dato en las distintas ediciones de la gramática académica, en una especie de *excel* que permite la comparación entre todas las opciones y que llevan a una interpretación de los hechos que los positivistas hemos antepuesto siempre a nuestras elucubraciones. He empleado la palabra *comparación* a propósito, para señalar por medio de ella el soporte filológico en que sitúa su investigación.

Con todo, la atención a la gramática académica es solo una parte de la que ha prestado a las gramáticas de los siglos XVIII y XIX. Lo digo por propia experiencia: la que se deriva de la intención que tuve hace tiempo de estudiar el influjo de Hugo Blair en la gramática y en la retórica sobre el español que en una primera lectura de *Lecciones de gramática y ortografía castellana* de Guillermo Xaramillo, Madrid, 1800 y en la de Jacobo Saque-niza, Madrid, 1828, creí percibir. Tuvimos un par de conversaciones sobre el asunto, que me disuadieron de seguir con él, pues sus argumentos, que se basaban en el profundo conocimiento que tenía de la obra de Hermosilla y de Salvá, me hicieron caer en la cuenta de que lo que pensaba que podría ser una mera nota de interés con respecto a las fuentes, exigía un trabajo más detenido, como el de una tesis. Tesis que malhadadamente no llegó a cogüelmo, pues falleció quien, por cierto, con tanto entusiasmo como preparación, se puso enseguida a ello.

Todo lo anterior se aviene bien con el planeamiento de esa historia de las gramáticas del español, en tres tomos⁴ que afrontó Gómez Asencio (sé que se pensaba en un tomo más, pero creo que no se llevó a cabo), en el que se hace un recorrido que yo consideraría exhaustivo –admitiendo la imposibilidad de la exhaustividad–, sistemático y realizado a partir de un plan previo en este terreno. Lo que le da la condición de ser definitivo. Se trata en fin de un buen ejemplo, en efecto, que responde a la idea a que se refiere nuestro colega en su introducción de que «Obras son amores».

4. LA EMULACIÓN POSITIVA

No quiero dejar de lado el entusiasmo y el esfuerzo con que Pepe Gómez Asencio se ha movido por la carrera académica. Como profesor, como

⁴ El último de ellos es *El castellano y su codificación gramatical, volumen III. De 1700 a 1835*, Burgos, ICyL de la Lengua, 2011.

investigador, pero también como gestor. Llevó a cabo, a mi juicio con gran éxito, la dirección de los Cursos Internacionales de la Universidad; éxito que acompañó igualmente al desempeño de sus funciones como vicerrector del Estudio y finalmente el éxito le ha acompañado en el período que ha dirigido esa cátedra especial del Estudio salmantino, que él logró que se designase con el nombre de Antonio de Nebrija.

Nuestro colega no se conformó con quedarse en un escalón más bajo de aquel al que pensaba que le correspondía en su currículum universitario. Quiso *ser alguien*, en lo docente, en la calidad de su investigación y en lograr conseguir los réditos de una esforzada gestión. Y lo fue en todos estos terrenos, precisamente porque mantuvo sus ilusiones a lo largo de su carrera. Aunque no sin tropiezos, no sin desengaños. Yo recuerdo su tristeza al no haber obtenido el premio extraordinario por su tesis, como me consta también la que le cumplió soportar cuando perdió la votación para ser rector de la Universidad, porque no era su intención permanecer en el desierto predicando subido a un columna, sino que quería estar muy atento a las posibilidades que existen para mejorar las condiciones de trabajo de una labor como la universitaria, que no termina en el propio perfeccionamiento, sino que se amplía poniéndose al servicio de la comunidad.

Pero el decoro que siempre tuvo Pepe –y lo demostró cumplidamente en la forma cómo llevó sus enfermedades– le hizo situarse en ese lugar en que se coloca Montaigne, a propósito de la caza, en el que «el placer está en la búsqueda, no en el hallazgo»⁵. Un placer que, aparte de sus propios logros, los trasciende, como el que supone que vosotros estéis hoy aquí, para hacer entender un poco mejor la obra de un casi paisano y antepasado académico suyo en la enseñanza de la gramática, que fue Elio Antonio de Lebrija. Y hasta que yo mismo me encuentre con vosotros, cuando Pepe no logró convencerme para que participara en esta reunión científica. Estará a buen seguro riéndose de mí, a sabiendas de que al fin lo logró. Y se ha de sorprender también de que un discípulo suyo, que hoy es gracias a él un relevante especialista en la historia del japonés, me acabe de escribir esta misma mañana lo siguiente:

Espero participar a distancia en el homenaje a Pepe [...]. Por cierto, que me ha dado pena no estar al tanto de él antes, porque yo habría colaborado con algo sobre Diego Collado, el gran Dominico de San Esteban

⁵ *Apud* S. Zweig, *Montaigne*. Edic. de K. Beck, trad. de J. Fontcuberta, Barcelona, Acantilado, 2008, p. 68.

que, antes que nadie, escribió una gramática en latín sobre el japonés (*Ars Grammaticae Iaponicae Linguae*).

¿No es revelador que hoy en este mismo congreso un discípulo de la persona a la que homenajeamos me muestre que queda abierta esta línea de investigación que puso en marcha con tanto empeño José Gómez Asencio?

Muchas gracias por su atención.